

El rico material de los múltiples movimientos congénitos impulsivos, reflejos é instintivos que se combinan durante los primeros meses bajo la influencia de la creciente actividad de los sentidos, favorece la formación de la voluntad, puesto que suministra las necesarias ideas de movimiento, mas por otra parte dificulta la manifestación de la fuerza directiva de la voluntad. Pues cuanto más los movimientos, por su frecuente repetición, han hecho practicable ciertas vías nerviosas, tanta más resistencia encontrarán las combinaciones de los mismos con otras y la utilización de hechos aislados, la mejor prueba de lo cual es la exactitud (que no se vuelve á tener más tarde) de las imitaciones infantiles del acento, pronunciación y timbre de las palabras que oyen. Las primeras imitaciones son los primeros movimientos de una concepción y voluntad claras.

Para precisar más este bosquejo de la evolución de la voluntad del niño, hemos de examinarla aún con respecto á tres puntos: las sensaciones musculares, el refrenamiento ó inhibición y la atención, cosas necesarias para toda manifestación de la voluntad.

Las *sensaciones musculares* empiezan probablemente á desarrollarse ya con los movimientos fetales ántes del nacimiento. La existencia es necesaria para todas las acciones musculares, aún las puramente impulsivas, cooperando en la ejecución de todas aquellas que se verifican únicamente bajo el influjo de un factor psíquico, por lo tanto en todos los movimientos instintivos y todos los movimientos ideados ó concebidos, y por ende también los voluntarios. Pues sin la existencia de la sensación muscular no se comprendería por qué en las contracciones armónicas sumamente complicadas de los más diferentes músculos se observa siempre el justo límite.

La *inhibición* ó refrenamiento voluntario de un movimiento presupone la acción de la voluntad, y se presenta, por lo tanto, en el niño solamente cuando se ha desarrollado bastante su vida intelectual. Cuando la voluntad del niño se halla en estado de inercia ó quietud, no hay inhibición de ningún movimiento; á cada instante puede sobrevenir una contracción muscular. Mas cuando en tal estado de reposo se forman ideas que estorban ó impiden la acción de las ideas motoras suscitadas por impresiones sensitivas, ó los recuerdos de las mismas sobre los centros motores supremos, resulta el estado que se llama inhibición voluntaria; no hay manifestación de voluntad, es decir, el niño no quiere porque se verifica en él un proceso inhibitorio que neutraliza las ideas motoras. Cuando el niño duerme, no quiere porque no tiene ideas motoras ni inhibitorias, entendiéndose por ideas hechos psíquicos dependientes de procesos orgánicos que se verifican en los ganglios cerebrales y que son causas de movimientos en

cuanto las excitaciones nerviosas engendradas por aquellos procesos llegan por vía de las fibras de comunicación á los centros motores de orden inferior. De esta manera resulta posible la inhibición de muchos actos reflejos. El movimiento intencional más sencillo, la primera imitación requiere esa cooperación del cerebro.

La *atención* del niño como la del adulto, es ó forzada, es decir, despertada por impresiones fuertes, ó voluntaria, espontánea. En el primer caso, que es el único posible en las primeras semanas de la vida del hombre, el movimiento reflejo consecutivo á una impresión acústica, óptica ó de otro sentido, produce una sensación que inmediatamente ó después de varias repeticiones es percibida por el infante como sensación agradable ó desagradable. La sensación intensa deja un recuerdo y, después de perfeccionarse la actividad de percepción y figuración ó imaginación, produce ideas del objeto de aquel movimiento, de la excitación refleja. Luégo cuando se hallan suficientemente desarrolladas la coordinación y la separación de los movimientos musculares, de modo que resultan posibles también movimientos provocados por ideas de movimiento, éstas se combinan con aquéllos y la atención se fija voluntariamente en el objeto respectivo. Mas de los movimientos aislados que más tarde son señales de atención, v. gr., el avanzar los labios, la dirección de la mirada, el cesar del lloro y de la inquietud, no debe inferirse la existencia de un concentramiento de la atención, porque puede tratarse simplemente de la sustitución de un movimiento por el otro sin intervención de la voluntad. Preyer observó, en su propio hijo, que las excitaciones fuertes le llamaban la atención en la séptima y en la novena semana, pero solo en la decimasexta semana el niño empezó á fijarse espontáneamente en un objeto y á contemplarlo con atención, á saber, su propia imagen en el espejo.

Todo acto de voluntad requiere atención y todo concentramiento de la atención es un acto de voluntad. La atención no se puede conocer si no la acompaña una contracción muscular. Mas aquellos movimientos musculares que se realizan sin que intervenga la atención voluntaria, se verifican sin concurso de la atención sea porque la voluntad no existe aún (en las primeras semanas), sea porque ya no es necesaria para mantener el curso del movimiento voluntario tantas veces repetido, sea finalmente porque la voluntad no actúa como en el sueño.

En la educación que debe vigilar las ideas motoras del niño para corregirlas, si son inconvenientes, hay que tener en cuenta siempre la *flaqueza de la voluntad* aún en el estado despierto. La sorprendente credulidad, docilidad, obediencia y en general la poca autonomía de la voluntad de los niños pequeños recuerda la conducta parecida de los adultos hipnotizados.

En esta misma flaqueza de la voluntad infantil estriba, por otra parte, la imposibilidad de hipnotizar á los niños; porque no tienen suficiente fuerza de voluntad para concentrar la atención bastante tiempo en una misma dirección. El cansancio producido por el concentramiento de la atención es también la causa y el motivo por que los niños varían tan pronto sus juegos. La indulgencia en este concepto no tiene inconveniente en el primer tiempo, pero muy pronto constituye una rómora del desarrollo de las inhibiciones tan importantes para la formación del carácter y fomenta la voluntariedad. Los ejercicios de la obediencia no pueden empezar bastante temprano, solo que deben hacerse con la mayor suavidad y justicia, como si el niño pudiese ya hacerse cargo de la utilidad de la obediencia. Evitar toda prohibición inmotivada y toda orden irrazonable es el mejor medio de asegurarse la obediencia de un niño.

Al que examine el *desenvolvimiento de los sentidos* del infante desde el momento de nacer, notará, en primer lugar, la exigua sensibilidad de la piel. Es cierto que ya en la primera hora un golpe ú otro contacto rudo provoca el lloro del infante, pero sus gritos no pueden considerarse como manifestación de dolor, no son más que un acto reflejo como la primera respiración; pues en el recién nacido pueden practicarse operaciones dolorosas para el adulto sin que provoquen reacción alguna.

Punzando la nariz, los labios, la mano con un alfiler no se produce ningún signo de mal, muchas veces ni siquiera un indicio de impresión, aunque se introduzca el alfiler tan profundamente que resulte una gota de sangre. Cuando se toca el ojo á un infante ó le entra agua durante el baño, no lo cierra ó lo cierra muy lenta é incompletamente.

Más ya al cabo de uno ó dos días se nota un aumento de la sensibilidad cutánea y para los cambios de temperatura el niño es muy impresionable desde el primer día, siendo el baño caliente la primera impresión agradable que el infante recibe en el mundo; solo que las sensaciones de temperatura no parecen tener la importancia psicogenética que indudablemente tienen las primeras sensaciones táctiles. Las manos del infante son los tentáculos de su alma. Por la excitación de los corpúsculos del tacto en los labios y los dedos, el infante recibe la primera noticia de las cosas del mundo exterior, y por la distinción de las sensaciones que le produce el palpar de su propio pellejo y de los objetos extraños echa los fundamentos de la noción de su personalidad, así como de su experiencia de las cosas.

Los dedos del infante son efectivamente los instrumentos mediante los cuales trata de investigar todo lo que halla á su alcance. Su método de exploración tiene una analogía perfecta al método del naturalista, pues también éste aísla,

descompone, contempla por todos los lados y trata de recomponer lo que ántes descompuso. Todo niño es naturalista nato queriendo penetrar en el fondo de las cosas. La importancia del palpar se comprende completamente solo haciéndose cargo del gran desarrollo intelectual que con el único recurso del sentido del tacto han podido conseguir algunos individuos que tuvieron la desgracia de volverse ciegos y sordos.

Generalmente desde el principio de la vida *todos* los sentidos contribuyen poderosamente al desarrollo de la sensibilidad y de las sensaciones, sin exceptuar el *gusto* y el *olfato*, que no suelen recibir la atención que merecen.

Concerniente al gusto, el Dr. Kussmaul, en una corta Memoria sobre la vida psíquica del recién nacido, ha comunicado varias observaciones y experimentos. Encontró que todos los recién nacidos distinguen las impresiones rápidas fuertes, puesto que reaccionan muy diferentemente cuando se les moja la lengua con una disolución de azúcar, que cuando se les aplica una gota de una solución de quinina, de sal común ó de ácido cítrico. En los tres últimos casos los niños inmediatamente después de nacer hacían unas muecas que eran señales inequívocas de desagrado, siendo otro el visaje *agrió* que el *amargo* y los activos movimientos de succión junto con el semblante de perfecta satisfacción después de propinar una gota de jarabe, no dejan duda de que el nervio gustativo posee innata la facultad distintiva de los sabores.

La opinión que ha reinado hasta ahora, como si el recién nacido acepta sin distinción todo lo que se le ofrece, es errónea, si se trata de líquidos de sabor marcado. El infante toma medicamentos sin hacer resistencia, solamente si son muy azucarados. Si los niños responden con la expresión mímica de lo amargo á la percepción de un dulce intenso, como á veces puede observarse, es porque les sorprende la novedad de la sensación intensa, pues la primera catadura provoca la demanda de más.

Toda impresión fuerte es desagradable en el primer momento, es una especie de susto, y la sorpresa por lo insólito no permite en el primer instante distinguir si la sensación producida es agradable ó ingrata. El adulto se encuentra aún á veces en este caso. Todos los recién nacidos toman el azúcar de buena gana después de pasar el primer asombro, y lo apetecen.

El gusto es el primero de los sentidos que da lugar á percepciones claras que dejan recuerdo en la imaginación del niño; el sabor de la primera leche que recibe se fija de tal manera que no hace más que catar otra leche que se le presente para rechazarla inmediata y persistentemente, por encontrar el sabor de la nueva menos agradable que el de la primera. La *memoria* y el *juicio* se ejercen primeramente en la jurisdicción del sentido del gusto.

Preyer comunica los siguientes datos sobre el desarrollo del gusto de su propio hijo: Cuando se empezó á destetar al niño, dándole de mamar solamente por la noche, el niño, que tenía entonces 157 días, rehusó el pecho en la quinta noche, probablemente porque encontraba más dulce la leche de vaca hervida y mezclada con azúcar que le daban durante el día. Al fin de la vigésima tercera semana se le entrega á una nodriza cuya leche toma de buena gana, como también leche de vaca diluida y edulcorada, caldo con yema de huevo y leche de vaca con yema.

Desde el día 185 se suprime la nodriza y el niño toma con gusto leche de vaca diluida (1 parte de leche por 4 de agua) con yema de huevo. Un cocimiento de avena con yema de huevo fué tomado una vez y rechazado luégo; lo propio sucedió con la *leguminosa*.

Desde el octavo mes el niño tomó varios meses seguidos casi exclusivamente la *harina láctea* de Nestle, recibéndola con júbilo como para manifestar su deleite por el buen sabor. A un adulto se le haría pronto insoportable el sabor dulzaino y monótono de ese alimento que el niño tomó varias veces al día siempre con gusto.

En el noveno mes el niño mostró gran sorpresa al probar una yema de huevo mezclada con azúcar; le gusta el agua y chupa con placer en un pedazo de pan, deleitándose probablemente más en el acto de chupar que en el sabor.

A los once meses el niño toma con indiferencia caldo con huevo de sabor un poco salado; rehusa pertinazmente la leche de vaca hervida sin azúcar, pero toma con gusto galletas.

A los doce meses el niño es muy delicadillo con respecto al sabor de sus alimentos y lo rechaza todo ménos la harina láctea y las galletas. Aún en el segundo y tercer año detesta todo lo amargo, pero acepta lo débilmente salado. También en el cuarto año la aversión contra muchos alimentos es tan grande que el solo aspecto, v. gr., de los garbanzos, le causa náuseas y arcadas, fenómeno que presentan muchos niños y que hace presumir una facultad muy desarrollada de distinguir sabores y olores.

Como regla práctica conviene hacer constar aquí que, al contrario de lo que generalmente se aconseja y practica, en ningún caso debe forzarse á un niño á que coma un alimento cuyo sabor le sea antipático. El hombre en general es omnívoro; este es un hecho innegable; pero no hay ninguna razón para convertir este hecho de observación en un precepto de educación: todo hombre debe ser omnívoro; aquello de «sobre gustos no hay nada escrito,» se refiere á los niños lo mismo que á los adultos.

Con respecto al *olfato*, Kussmaul ha averiguado que los recién nacidos dur-

miendo, cuando penetran en la nariz los olores de asa fétida ó del fetidísimo aceite de Dippel, aprietan los párpados, contuercen el rostro, se desasosiegan moviendo los brazos y la cabeza, se despiertan y vuelven á dormirse cuando se retira la sustancia fétida. Genzmer observó que las fuertes impresiones olfativas hacen llorar á los niños bien desarrollados y vivarachos. Experimentó con el *agua fétida antihistérica* de las boticas, aplicándola con un pincel en el labio superior de infantes dormidos y de otros despiertos. Cuando el líquido aplicado era poco, los infantes hacían movimientos de succión; cuando era mayor la cantidad, los movimientos eran arcadas con oclusión de los ojos y distorsión de la cara. No se dice cuánto tiempo había pasado desde el nacimiento de los niños.

En estas observaciones no se ha tenido en cuenta la impresión de la humedad y ninguno de los dos experimentadores se ha hecho cargo de que con sus ensayos no ha provocado exclusivamente una excitación de nervio olfativo. La falta de resultados definidos en los infantes despiertos, la circunstancia de obtenerse algún efecto solamente con estimulantes fuertes y el sobrevenir movimientos reflejos intensos, indican más bien una excitación del nervio trigémino que de los olfatorios.

Para probar que el recién nacido huele, el mejor medio sería que la madre ó la nodriza se untara un pezon con una sustancia olorosa, pero desprovista de sabor; dejando el otro en estado natural. Si entonces el infante toma el pecho natural y rechaza el *olorificado*, será señal de olfato, porque no es de suponer que los olores débiles irriten también los filetes nasales del trigémino.

Naturalmente los experimentos sobre el olfato de los recién nacidos suponen la perfecta permeabilidad de las cavidades nasales. El niño debe respirar sin esfuerzo con la boca cerrada. Antes del nacimiento no puede haber sensación de olfato porque la nariz está llena de agua. Con la primera respiración el aire ocupa el lugar del líquido, quedando por resolver la cuestión de saber si la mucosa nasal necesita de un contacto prolongado con el aire para que las células olfatorias puedan recibir una impresión ó si esta facultad se establece al momento.

El olfato, una vez despertado en el infante, tiene una importancia decisiva en la elección de los alimentos desde el primer instante.

No solamente en el segundo mes, como muchos creen, sino ya en los primeros días existen sensaciones olfatorias y su intensidad va aumentando cada día. Se ve como niños de pocas semanas rechazan el pecho de una nodriza cuya piel despide un olor desagradable y chillan cuando ésta se les acerca, mientras que toman de buena gana el pecho de otra mujer. Asimismo debe